

Retiro de Adviento

“Familia en Alianza, arraigada en Belén”

27 Noviembre 10 P. Carlos Padilla Esteban

I Charla: El Adviento es un tiempo de silencio y de búsqueda

Comenzamos este tiempo de Adviento con el anhelo de encontrarnos con Cristo, que se hace carne en medio de nosotros; con el anhelo profundo de cambiar de vida, de adorar y amar, de servir y comenzar a vivir plenamente. En este tiempo escuchamos la voz de Dios que nos dice que nos ama y quiere regalarnos su amor para que aprendamos a amar. Quiero iniciar este retiro recordando las palabras de **Benedicto XVI** en Barcelona después de bendecir el templo de la Sagrada Familia: *“He tenido el enorme gozo de dedicar este templo a quien siendo Hijo del Altísimo, se anonadó haciéndose hombre y, al amparo de José y María, en el silencio del hogar de Nazaret, nos ha enseñado sin palabras, la dignidad y el valor primordial del matrimonio y la familia”*. El Papa pone siempre en el centro a la familia. La familia, afirmó el Papa, es la *“esperanza de la humanidad”*, pues en ella *“la vida encuentra acogida, desde su concepción a su declive natural”*. Sabemos, sin embargo, que la familia en nuestra sociedad sufre una crisis de identidad y de valores y los que más la sufren son los hijos. El egoísmo hace que el amor matrimonial se empobrezca, la fidelidad sea un desafío y los hijos dejen de ser algo esperado para ser una carga. Decía Benedicto XVI en 2005: *“Los hijos no son vistos como esperanza del futuro sino como una limitación del presente”*. Son muchas las dificultades que atraviesa la familia en nuestro tiempo. Por eso comenzamos en familia este retiro de Adviento. Lo hacemos para rezar por la familia y para pedirle a Dios que fortalezca nuestra vida familiar, en la que siempre podemos seguir creciendo.

Nos detenemos así para iniciar un camino de peregrinación hasta Belén. En familia caminamos. Como familias cristianas queremos aprender a vivir este tiempo de gracias. Queremos iniciar el camino que nos lleva a la paz del encuentro con Dios que se hace carne en medio de nosotros. Quería destacar un testimonio de Rafael Nadal: *“La familia es lo más importante, sin ella no hubiera llegado a donde estoy. Uno nunca sabe cuándo se acaba el ansia de victoria, pero cuando llegue ese momento, tendré que aceptarlo y dedicarme a otra cosa”*. El éxito o el fracaso pasan, las dificultades o los triunfos desaparecen en el tiempo. Sin embargo, la familia, cuando los vínculos son profundos y se alimentan del amor de Dios, quedan para siempre, no pasan nunca. Todo lo que sembramos es para la eternidad. La familia que soñamos es una familia que descansa en Dios, que en Él encuentra la esperanza verdadera y puede poner todos sus miedos e inseguridades en sus manos de Padre. Una familia que cuida la vida que Dios le confía, la vida que es un don, y hace crecer el amor que Dios ha sembrado en sus corazones. Necesitamos retirarnos para poder profundizar en la realidad de nuestras familias y entregarle al Dios de nuestra vida todo lo que vivimos cada día.

LA IMPORTANCIA DE HACER SILENCIO

Muchas veces nos cuesta hacer silencio exterior y llegamos a pensar que basta con ese silencio para poder rezar. Creemos que es suficiente con callar y no hablar con nadie; por supuesto es fundamental ese silencio, sin embargo, aunque permanezcamos callados, con frecuencia, en nuestra interior, continúa un diálogo continuo con nosotros mismos, lleno de ruidos, imágenes e interferencias. Continúan pasando imágenes de lo vivido recientemente y vuelan las preocupaciones por todo lo que nos queda por hacer. Por eso es tan necesario

iniciar en cada retiro una pequeña peregrinación saliendo de nuestra realidad cotidiana. El Papa decía en Santiago hace unos días: *“En ocasiones hay que salir de la vida cotidiana, del mundo de lo útil, del utilitarismo, para ponerse verdaderamente en camino hacia la trascendencia, trascenderse a sí mismo y la vida cotidiana, y así encontrar también una nueva libertad, un tiempo de replanteamiento interior, de identificación de sí mismo, para ver al otro, a Dios. Así es siempre la peregrinación”*. Los problemas siguen presentes, cuestionando, pidiendo explicaciones, buscando soluciones y quitándonos la fuerza para poder hacer silencio de verdad. Hay muchas cosas pendientes, muchas tareas que nos esperan a la vuelta. Intentamos parar los motores y, mientras, nuestra maquinaria interior sigue funcionando llevada por la inercia. Hoy pedimos la gracia del silencio, el don de la paz interior, para poder meditar sobre todo lo vivido y descansar en Dios. Hoy queremos detenernos o, mejor dicho, salir de nosotros mismos, de nuestro pequeño mundo, e iniciar una peregrinación hacia Dios.

Hoy llegamos al Santuario y queremos descansar en nuestra Madre y en el corazón de Dios Padre, que nos espera siempre al final del camino con los brazos abiertos.

Queremos entregarle lo que somos y tenemos. Queremos soñar en su regazo. Hoy escuchamos, casi mejor, aprendemos a escuchar, la voz de Dios que muchas veces no logramos distinguir. Hoy dejamos a un lado las prisas y los problemas, las agendas, los relojes, los miedos y las preocupaciones. Hoy nos adentramos en ese mundo tan próximo y a la vez tan lejano, nuestro propio mundo interior. ¡Cuánto nos cuesta profundizar! Nos quedamos en la superficie y pensamos que eso ya es oración. ¡Qué lejos estamos del ideal al que Dios nos llama: vivir en comunión con Aquel que nos ha amado primero!

Queremos aprender a unir en nosotros lo humano y lo divino. Decía Benedicto XVI en Barcelona: *“Gaudí quiso unir la inspiración que le llegaba de los tres grandes libros en los que se alimentaba como hombre, como creyente y como arquitecto: el libro de la naturaleza, el libro de la Sagrada Escritura y el libro de la Liturgia. Así unió la realidad del mundo y la historia de la salvación, tal como nos es narrada en la Biblia y actualizada en la Liturgia”*. Nosotros queremos vivir uniendo estos libros. Queremos añadir el libro de nuestra vida, las páginas escritas con nuestra sangre, con dolor y alegría. Son los libros en los que Dios nos habla: el libro de la Sagrada Escritura, el libro de la historia de la humanidad, el libro de la naturaleza que nos rodea, el libro que Dios escribe con nuestras vidas. Antonio Gaudí tenía esa forma de pensar armónica en la que lo natural y lo sobrenatural se entrelazaban. Nosotros, sin embargo, solemos separar con frecuencia. Vivimos nuestra vida en la oficina y nuestra vida en casa, nuestra vida con los amigos y nuestra vida de oración, nuestra vida de pecado y nuestra vida de aspiración a la santidad, como si no tuvieran nada que ver. Muchos mundos separados que no encuentran un lugar de común. Muchos mundos que no nos dejan saber dónde nos está hablando Dios cada mañana. Por eso el retiro nos permite detenernos para dejar que Dios armonice todo lo que está tan desordenado en nuestra vida.

CONTEMPLAR NUESTRA VIDA ILUMINADA POR LA PRESENCIA DE MARÍA

Es importante, al llegar al retiro, pensar en nuestra vida, en esos acontecimientos que han marcado el último tiempo y que nos dan qué pensar. Podemos saborearlos en el corazón de Dios y en el corazón de nuestra Madre. El comienzo del curso siempre es difícil. Los colegios, el trabajo, los niños. Hay que ponerlo todo en marcha. Llegamos a pensar que no podemos, pero luego las cosas comienzan a funcionar. Han pasado ya tres meses y ahora nos damos cuenta de todo lo que hemos vivido. Cuando nos paramos a pensar vemos cuántas cosas han ocurrido que no hemos podido reflexionar ni meditar con calma. La vida nos come y no tenemos tiempo para descansar en Dios, para dejar que los acontecimientos pasen lentamente por el corazón. Un retiro como éste es el momento para meditar, para descansar en Dios y para escribir. Tal vez es poco tiempo, pero, en estas

horas de silencio, queremos ser capaces de volver a vivir todo lo que nos ha ocurrido en estos meses. Por eso hacemos tanto hincapié en hacer silencio, porque nos cuesta mucho y, sin embargo, es fundamental para avanzar. Buscar la voluntad de Dios en todo lo que nos sucede nunca es fácil. Sin embargo, es una verdadera fuente de vida, nos da alegría y paz, nos llena el corazón de anhelos. Os invito a pensar en tantas cosas que nos han ocurrido. Es la oportunidad para meditar sobre ellas, bien personalmente o bien como matrimonio. En ellas descubrimos una voz de Dios que nos llama a la conversión.

Por otro lado, hay acontecimientos que nos afectan a todos y sobre los que es bueno meditar para buscar en ellos lo que Dios nos quiere regalar. Yo quería detenerme hoy en algunos acontecimientos que nos han tocado en este primer trimestre del año:

A. La visita del Papa en Santiago y en Barcelona.

El Papa nos ha visitado en España y ha dejado su huella. Tenemos que pensar en todo lo que nos han dejado sus palabras. El Papa fue peregrino en Santiago, en este año de gracias, y luego consagró el templo de la Sagrada Familia. Con el riesgo de ser algo simplista quería sólo destacar dos aspectos que nos pueden ayudar.

En primer lugar el Papa se hizo peregrino. Al hacerse peregrino el hombre sale de su comodidad y de sus seguridades. José y María dejaron la seguridad de sus hogares para iniciar una peregrinación hasta Belén. El camino recorrido supuso dificultades y miedos. Para iniciarlo tuvieron que desapegarse de sus esclavitudes. Peregrinar significa ir, ligero de equipaje, hacia la meta trazada. Soñamos con el destino que nos mueve cada mañana, pero, al mismo tiempo, vivimos el presente del camino, cada etapa, cada momento de contemplación. Aprender a vivir como peregrinos es una sabiduría que nos ayuda toda la vida. El peregrino no se apegaba al lugar en el que se detiene. Va ligero de equipaje, sin agobiarse por todo lo que le puede faltar al siguiente día. El peregrino se vincula y hace de cada suelo que pisa su hogar y de cada persona con la que se encuentra su familia. Tiene un corazón grande para acoger y libre para seguir el camino que Dios le marca.

En segundo lugar, Benedicto XVI llegó a la Sagrada Familia en Barcelona. Gaudí soñó una obra que, en su belleza, ascendiera a la belleza más plena, la belleza de Dios. La Sagrada Familia nos transmite una enseñanza visual de la vida de Jesús. Cuando uno contempla las columnas que ascienden a lo alto se alegra de esa belleza que conduce a Dios. Nuestra mirada se detiene con frecuencia en el suelo y no logra levantar el vuelo. Aprender a llegar de lo cotidiano a lo eterno es un camino que realizó Gaudí y nos dejó expresado en esa obra de arte. Por otro lado, Benedicto XVI ha resaltado en este templo la importancia de la familia. La Sagrada Familia es el hogar en el que Cristo se hace carne. Allí, en el amor de los padres, surge la vida y se hace fuerte el amor de Dios. Nuestras familias miran con alegría el ideal que se nos presenta: la sagrada Familia de Nazaret. En ella nos reflejamos y aspiramos a vivir el ideal.

B. La JMJ 2011 y el desafío de preparar el corazón para ese encuentro.

Este curso es un tiempo de preparación para la llegada de Benedicto XVI a Madrid en Agosto del 2011. Es una oportunidad para vivir una jornada mundial de la juventud y acoger como anfitriones a todos los jóvenes del mundo que vengan hasta nuestra tierra. Tenemos un tesoro que entregar: nuestro Santuario donde María reina. Es el lugar de gracias que quiere acoger a tantos jóvenes de todo el mundo. El lema que acompaña esta jornada: *“Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”*, nos va acompañar a lo largo de

estos meses. La primera parte de este lema nos ha servido para motivar este tiempo de Adviento. Queremos vivir arraigados profundamente en el corazón de Cristo y de María.

C. La crisis económica a nivel mundial.

Otro tema actual que sigue muy presente es la crisis económica a nivel mundial. Especialmente en España vemos sus consecuencias y los temores e inquietudes aumentan. Nos gustaría vivir con más libertad, pero es normal el miedo y la preocupación cuando no se encuentra trabajo y la falta de dinero empieza a ser un verdadero problema. La crisis nos toca a todos distinta manera. Pero sabemos que, en esta difícil situación, se nos pide confiar y avanzar tomados de la mano de Dios. Se nos pide ser solidarios y ayudarnos a caminar. Somos Familia unida en Cristo y en María. Nuestros caminos están entrelazados. El dolor y el miedo del que camina a nuestro lado es nuestro propio dolor y miedo ¿Cómo enfrentamos las dificultades familiares? ¿Cómo nos arraigamos en Dios? ¿Cómo nos apoyamos los unos a los otros? La crisis nos confronta y nos produce inseguridad. Pero la crisis es a la vez una oportunidad para crecer y salir fortalecidos. Ahora más que nunca es importante ver dónde tenemos colocados nuestros cimientos. Si nuestro fundamento y descanso están en Dios podremos caminar con paz en tiempos difíciles.

D. El comienzo del Trienio de preparación para los 100 años de la Alianza de Amor. Primer año: el año del Padre Kentenich.

Otro acontecimiento que toca a nuestra Familia de Schoenstatt ha sido el comienzo de un Trienio de preparación para celebrar los 100 años del Movimiento en el 2014. Este primer año tiene en su centro la persona del fundador, el P. Kentenich. Las fiestas importantes ameritan un tiempo de preparación. Por eso estos tres años son importantes. En ellos ha de crecer el anhelo para vivir con intensidad la gran fiesta de los cien años. Además, hemos querido empezar con el P. Kentenich. En un tiempo difícil, en el que nos confrontamos con la debilidad y fragilidad de los sacerdotes, nosotros queremos recordar al P. Kentenich como aquel instrumento elegido por María para entregarnos un tesoro desde el Santuario. Cuando un carisma se aleja de su fundador pierde el norte. Los franciscanos han de volver siempre a Francisco de Asís. Los jesuitas a S. Ignacio. Cada fundador es padre de un nuevo camino en la Iglesia. Seguirle a él es el camino para entender la originalidad de cada carisma, de cada espiritualidad. Queremos acercarnos al P. Kentenich para descubrir en él el misterio que nos quiso transmitir con su vida que fue siempre fiel a Dios y a su Iglesia.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN:

- 1. En este tiempo de crisis que vivimos, ¿Cómo estamos enfrentando las dificultades?
¿Cómo llegamos a este retiro?*
- 2. ¿Qué tenemos que dejar en manos de Dios para que Él nos dé la paz que necesitamos?
¿Cuáles son nuestras inseguridades y nuestros miedos? ¿Qué nos quita la paz del corazón?*
- 3. ¿Qué acontecimientos quisiera poner ante Dios, para que Él y María nos regalen la luz imprescindible para descubrir sus huellas?*

El Adviento es un tiempo de alegría y espera, de desproporción y asombro.

La espiritualidad de este tiempo de Adviento viene marcada por cuatro aspectos sobre los que nos conviene meditar. Son cuatro realidades de un camino que queremos recorrer: Esperanza, alegría, conversión y contemplación.

- *La esperanza gozosa, que asoma por todas las ventanas del Adviento.*

Al iniciar el camino sabemos que la Esperanza que nos mueve es Cristo que se hace carne. La esperanza tiene que mover nuestro corazón para ponernos en camino. Cuando las circunstancias son difíciles, corremos el peligro de empezar a desconfiar. Vivimos tiempos difíciles por la crisis que amenaza nuestras seguridades. En estos momentos las palabras de Benedicto XVI en la encíclica *“Spes Salvi”* nos dan luz: *“En este caso aparece también como elemento distintivo de los cristianos el hecho de que ellos tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente”*. Es la actitud con la que nos enfrentamos a este tiempo de Adviento. Nuestra certeza nos viene dada por la promesa de Dios. Nuestra vida no desemboca en el vacío, sino en la vida. Sin embargo, no sólo tenemos la certeza de un futuro eterno. Cristo nos ha prometido el ciento por uno aquí en la tierra y esa promesa nos da esperanza. Es la confianza del que sabe que la grandeza de Dios supera todos nuestros miedos e inseguridades. *¿Cuáles son nuestros miedos? ¿Cuál es la desesperanza que no nos deja mirar con confianza el futuro?*

- *La alegría mesiánica, que se respira sobre todo en los textos de Isaías.*

Él es nuestra alegría y nos anima a vivir confiados. El tiempo de Adviento es un tiempo de alegría. Es la alegría confiada de aquel que anhela encontrarse con Dios en el camino. El Adviento nos prepara para el abrazo profundo y grande con el Niño Dios. En nuestros brazos queremos acoger al que nos da la vida verdadera. La alegría brota sólo de un corazón en paz. Sin embargo, muchas veces no tenemos paz y, como consecuencia, no tenemos alegría, por eso no transmitimos alegría. *¿Qué tristezas han enturbiado nuestro ánimo? ¿Qué preocupaciones nos han quitado la paz?*

- *La conversión, a la que nos llama con urgencia la voz del Bautista.*

En Él estamos llamados a cambiar de vida y a dejar de lado todo lo que nos ata. Adviento es tiempo de cambio y conversión. Sin embargo, nos cuesta mucho pensar en cambios. Hace poco me decía una persona: *“Con mi mujer es más fácil, ella siempre me exige y por eso me es más fácil empezar a cambiar. Dios, sin embargo, no me exige de la misma manera y por eso me cuesta tanto iniciar una nueva vida”*. Es triste pero es muy común. Por eso tantas personas nos piden a los sacerdotes en la confesión que les exijamos. Porque ellos ya han tirado la toalla, no se exigen a sí mismos y no escuchan a un Dios que llama a la conversión. Así no es posible avanzar. Si siempre dependemos de alguien que nos exija, nos acabaremos aburguesando en nuestro sillón sin más pretensiones o sueños. Por eso siempre la Iglesia nos regala tiempos especiales para la conversión. El corazón se acomoda y el tiempo desaparece entre nuestros dedos. No nos da la vida para preguntarnos en qué cosas tenemos que cambiar. Si somos sinceros veremos que hay muchos aspectos en los que es necesario el cambio. Es un nuevo tiempo de gracia, es decir, un tiempo privilegiado para implorar la conversión del corazón. No somos capaces de amar como Dios ama, no somos

tan fuertes como quisiéramos y nuestro gran pecado es el pecado de omisión. *¿En qué cosas es necesario que Dios nos cambie el corazón? ¿Nos estamos aburguesando en nuestro estilo de vida matrimonial?*

- *La contemplación del misterio del Verbo de Dios que se hizo hombre.*

Desde el silencio interior queremos detenernos ante Cristo que nace pobre en Belén. Queremos aprender a contemplar, una enseñanza fundamental para aprender a vivir con los ojos de Dios. Creo que un retiro, por muy corto que sea, es la oportunidad para pensar en nuestra vida y poner algo de orden. Si no lo hacemos ahora que estamos en silencio y sin los niños, ¿Cuándo encontraremos otro momento? Tenemos que aprender a contemplar el paso silencioso y tranquilo de Dios por nuestra vida. Dios ha pasado en estos meses y nos ha tocado el alma. Aprender a contemplar es aprender esa actitud pasiva y callada del que se admira y sorprende ante el Dios de la vida. *¿Somos capaces de contemplar a Dios en nuestra vida? ¿Tenemos ese espíritu de contemplación al que nos invita el Adviento?*

Algunas pautas que nos pueden ayudar en la reflexión del retiro

Hace poco leía un libro de Bernabé Tierno que presentaba cuatro aspectos importantes a cuidar en nuestra vida para avanzar. El primero: El autocontrol, el dominio de uno mismo. El Segundo, encontrar una razón para vivir, el “*porqué*” poderoso que le dé sentido a lo que hacemos. El tercero, la capacidad para enfrentar las dificultades, la resiliencia. El cuarto, el anclaje afectivo en corazones en los que descansar. Cada uno de ellos tenía una imagen asociada: un timón, un faro, un salvavidas y un ancla¹. Pensaba en este esquema y en cómo responde muy bien a lo que María nos presenta desde el Santuario y a las exigencias de este tiempo de Adviento. Cuando llegamos a María nos damos cuenta del desorden que hay en nuestro interior. Nos damos cuenta de cosas importantes. Vemos que la vida nos come y no somos capaces de detenernos a reflexionar y poner orden. Vemos que no tenemos claras las prioridades. Vemos que nuestros vínculos están débiles. Vemos que no nos conocemos bien y no somos capaces de enfrentar los contratiempos y las dificultades. Por eso queremos hoy recorrer este camino de reflexión:

A. La primera pregunta que nos hacemos tiene que ver con la meta que perseguimos: el faro. ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué ideales mueven nuestra vida? ¿Cuál es el faro que nos ilumina y da sentido a todos nuestros esfuerzos y desvelos? Con frecuencia tenemos que reconocer que no lo hemos pensado demasiado. Y si lo sabemos, no lo tenemos presente cada día. El mismo Nietzsche lo decía: “*Quien tiene un verdadero porqué para vivir no tendrá demasiados problemas para soportar cualquier cómo en su existencia*”. Si tenemos claro hacia dónde vamos es más fácil construir. En Schoenstatt hablamos con frecuencia de los ideales. El ideal es el sueño que Dios ha puesto en nuestro corazón, es aquello que le da sentido al camino. Ya está en nosotros como una semilla y nosotros sólo tenemos que sacarlo a la luz, cuidarlo y dejar que llegue a ser lo que lleva en su interior. Este ideal es el faro que le da sentido a nuestra vida profesional, personal y familiar.

Si tenemos claro hacia dónde vamos todo es más fácil. Lo que sucede con frecuencia es que no somos capaces de descubrir esa fuerza interior que debería guiar nuestros pasos. Puede ocurrir que esa idea que perseguimos no toque el corazón, como decía el P. Kentenich: “*Podemos entregarnos a una elucubración mental, podemos arrastrar toda nuestra naturaleza entera a ideas artificiales que nos impidan desplegar nuestro propio yo*”². El ideal deber corresponderse con lo que Dios ha sembrado en nuestro corazón. No puede ser algo artificial y ajeno a

¹ Conf. Bernabé Tierno, “Sabiduría esencial”, 24

² H. KING, *Textos pedagógicos*, J. KENTENICH, 323

nuestra realidad. Y el P. Kentenich lo explica así: *“En lugar de Ideal personal pueden decir: Forma de vida o núcleo de la personalidad que ha crecido de forma originariamente personal”*³. Si sabemos bien lo que Dios quiere de nosotros, el retiro es el momento para profundizar en ello y sacar consecuencias. Si no lo sabemos es el momento para iniciar esa búsqueda tan importante. Sin claridad sobre nuestra meta caminamos dando tumbos sin acertar en buscar los puntos en los que debemos crecer.

B. La segunda pregunta hace referencia a nuestro autodomínio: el timón.

No nos conocemos tanto como quisiéramos. No entendemos nuestra forma de actuar. No sabemos de dónde vienen nuestros sentimientos de frustración y de fracaso, nuestras emociones negativas. No profundizamos en nuestro interior y eso nos empobrece. Vivimos muy superficialmente. Si supiéramos quiénes somos de verdad sería más fácil mejorar y crecer. Es muy importante nuestra actitud ante la vida, la forma cómo nos confrontamos con nuestros límites y deficiencias. Dios nos ha creado para algo grande y, sólo si nos conocemos bien, podremos ir puliendo el tesoro que ha puesto en nuestro interior.

Queremos aprender a pensar en positivo y a ser constructivos en nuestra vida. Muchas veces nos confesamos de nuestras críticas, de nuestra gran capacidad para ver los defectos ajenos e indignarnos con ellos. Consideramos la crítica casi como un deporte nacional. Pero si somos honestos con nosotros mismos, tendremos que reconocer que muchas de esas críticas brotan de nuestra falta de paz interior. Cuando criticamos nos desahogamos y nos sentimos más fuertes y mejores. Cuando humillamos con nuestras palabras hacemos que crezca nuestra propia autoestima. Nos sentimos como el fariseo del Evangelio, que no se sentía tan pecador como el publicano. Hay muchos pensamientos negativos en nuestro interior que nos hacen observar la realidad de forma muy negativa. Si cambiamos nuestra forma de pensar y ver la realidad, mejorará nuestra calidad de vida. Dice Bernabé Tierno, a la vista de muchos estudios e investigaciones propias: *“Mientras permanece la proporción de 5 a 1 entre actitudes positivas y negativas, nuestra autoestima se mantiene alta, tenemos confianza en nuestras posibilidades, nos proporcionamos frecuentes momentos de dicha y felicidad, somos luz y el sistema inmunológico físico y mental se mantiene en sus niveles óptimos”*⁴. Me parece interesante la proporción de 5 a 1. Si miramos en nuestro interior veremos que con frecuencia son más los pensamientos negativos. La abundancia de pensamientos negativos hace difícil que llevemos el control de nuestro timón. Cuando es así nuestra vida va dando tumbos porque las emociones que surgen libremente son las que llevan el timón de nuestra vida.

Autoeducarnos consiste en tomarnos en serio la vida que Dios ha puesto en nuestras manos. Tenemos que aprender a cambiar nuestra forma de pensar. Es necesario cuidar el barro que Dios ha puesto en nuestras manos con el fin de hacer una obra de arte. Si ya tenemos claro el faro, la meta que nos guía, es más fácil comenzar a conducir el timón hacia donde queremos. Pero no podemos pretender que sea otro el que sujete las riendas de nuestra vida. Sin una voluntad firme no hay maduración posible. Sin claridad sobre la meta será difícil marcar nuestras prioridades en esta vida. *¿Nos tomamos en serio nuestra autoeducación? ¿Sabemos dónde nos aprieta el zapato? ¿Tenemos claro lo que es necesario mejorar, dónde podemos crecer y dar más todavía?*

C. La capacidad para enfrentar las dificultades: el salvavidas.

Nos cuesta mucho enfrentar las dificultades en la vida. Tenemos muy bajo el umbral del sufrimiento. Ante las más pequeñas contrariedades reaccionamos de forma inmadura. Lo sabemos bien, la vida no nos exime de la lucha ni del sufrimiento. La cruz es parte del

³ Ibídem, 324

⁴ Bernabé Tierno, “Sabiduría esencial”, 29

camino y no podemos pretender pasar de largo. Como dice N. S. Chamfort: *“Para hacer la vida soportable hay que acostumbrarse a las injurias del tiempo y a las injusticias de los hombres”*. Las dificultades del camino son una oportunidad para crecer, para avanzar con más fuerza, para madurar en la vida. ¿Cómo reaccionamos ante las dificultades? Decía Bernabé Tierno: *“Ante la adversidad, cuando las cosas no suceden como esperamos, perdemos fácilmente el control de nosotros mismos y convertimos en problema lo que debería haber sido una experiencia de autodomínio y habilidad para gestionar nuestras emociones, impulsos y actitudes”*⁵. Se trata de lograr esa *“resiliencia”* que buscamos, esa actitud ante la vida que nos permite ver en los problemas una oportunidad para avanzar. Se trata de controlar la baja resistencia a la frustración que tenemos.

Tim Guénard, cuya vida fue muy difícil y pese a ello logró salir adelante, decía: *“En la vida real, cuando se escucha a la gente que se ha levantado después de vivir situaciones difíciles, uno se da cuenta de que nadie se levanta solo. Yo mismo he tenido personas en mi camino: el indigente que me enseñó a leer, papá Gaby (su padre adoptivo de los servicios sociales del Estado), la buena jueza y el padre Thomas. Todos son como regalos. El regalo más bonito en la vida son las personas que uno ha querido y quiere; y se necesita la vida entera para conocerlas”*. Para crecer en las dificultades contamos con personas que Dios pone en nuestro camino. Personas que han sido una señal que nos ha guiado hacia lo alto y nos ha mostrado el sentido de nuestro caminar. Por supuesto todo esto es posible si entendemos la cruz en la perspectiva de la Resurrección. El sufrimiento es el camino que Dios permite para que madure el alma, para que se acrisole nuestro amor, para alcanzar las cumbres de la entrega más alta.

D. Nuestro anclaje afectivo en las personas: Ancla

Necesitamos vivir anclados en personas. Pero, ¿Cómo son nuestros vínculos? Decía Bernabé Tierno: *“Nos humanizamos y nos convertimos en personas más felices y capaces para vivir la vida en la medida en que crecemos y progresamos en esa buena convivencia con los demás”*⁶. La calidad de nuestros vínculos es el único camino para tener el ancla bien firme. El anclaje en otros corazones es, además, el camino más seguro para estar anclados en el mundo de Dios. La paz en nuestras relaciones, la fluidez en el diálogo del corazón, la confianza en las personas a las que queremos, la humildad como camino de encuentro, la libertad que no retiene ni exige lo que los demás no pueden dar, el respeto que se asombra y admira con el regalo del otro, son elementos que tenemos que cuidar continuamente. El orgullo, la intransigencia, la falta de misericordia, el rencor, el ser posesivos, la crítica y la dureza, hacen que las relaciones se deterioren fácilmente. En todo retiro tenemos la oportunidad para poner ante Dios todo nuestro mundo de vinculaciones.

El P. Kentenich le daba una importancia muy grande a lo que él llamaba **la pedagogía de las vinculaciones**: *“Responde a la ausencia de vínculos, al desarraigo universal y a la pérdida de vinculación al nido que sufre el hombre actual”*⁷. Vivimos en un mundo sin vínculos o con miedo a los vínculos que comprometen. El otro día una persona me comentaba que su abuelo se había casado cuatro veces. Me decía: *“Mi abuelo lo justificaba. Él decía que antes vivíamos 30 años y que entonces era normal tener un solo amor en la vida. Ahora, al poder llegar a los 80, hacen falta por lo menos tres amores diferentes”*. El compromiso para toda la vida asusta. Los vínculos que quieren ser eternos incomodan. Sin embargo, el alma está hecha para vincularse en un amor eterno. Cuando el corazón se entrega no quiere las cosas a medias, se da por entero. Sin embargo, el egoísmo puede entorpecer nuestra entrega. O el miedo a ser heridos o abandonados. O el miedo a no ser fieles a las promesas que hacemos.

⁵ Bernabé Tierno, “Sabiduría esencial”, 54

⁶ Bernabé Tierno, “Sabiduría esencial”, 41

⁷ J. Kentenich, H. King, “Textos pedagógicos”, 444

II Charla: La palabra Adviento trae su origen del latín “Adventus”, que significa venida o advenimiento

El Adviento se puede ver como un tiempo propicio para el asombro. Dios ha querido hacerse carne de nuestra carne para caminar con nosotros desde la humildad y pequeñez de su propia carne. Tal vez nosotros esperábamos a un Dios todopoderoso e invencible, a un Dios capaz de todo, que acabara con nuestros miedos y diera fiel cumplimiento inmediato a nuestras esperanzas. Sin embargo, el Adviento y la Navidad, nos desconciertan. En lugar de un palacio elige un pesebre humilde, en lugar de grandes atenciones y cuidados, un par de animales, ángeles y pastores. En lugar del reconocimiento de los poderosos, recibe desprecio, indiferencia y persecución. Nos gustaría más, para ser sinceros, un Dios poderoso vencedor en las batallas. Nos gusta ganar en los deportes, en la política, en las empresas, en el amor, nos gusta ganar siempre. Nos gustaría un Dios que dictara leyes justas, que fuera nuestro gobernador y juez, que acabara con el dolor de esta tierra. En realidad, no soportamos los silencios ante los agravios, el desprecio como respuesta al amor. No soportamos el fracaso ni la derrota. Buscamos siempre el reconocimiento, el halago, el aprecio, el éxito y la alabanza. Nos sigue sorprendiendo que Dios siga naciendo y nadie le dé importancia a su venida. Nos deja helados este Dios que se hace carne en el silencio más absoluto y en el menosprecio del hombre. Se hace carne y es rechazado por su propia carne, nos ama hasta dar la vida y nosotros no sabemos amar.

El Adviento es tiempo de espera y a todos nos cuesta esperar. No somos pacientes. Queremos ver los frutos de forma inmediata. Deseamos ver el resultado en la educación, los logros que conseguimos con nuestro esfuerzo. Decía **Tim Guénard**: *“Se necesita tiempo para que los demás se den cuenta de las cosas, por eso la gente no tiene que desesperarse a la hora de hacer el bien. El campesino, cuando siembra, no va al día siguiente a su campo a echarle la bronca a la tierra y a pedirle que se dé prisa en dar frutos. El amor que se da en este mundo es similar: no es para gente que tiene prisa”*. El Adviento es una escuela para los impacientes con la vida. Es una escuela para aprender a esperar; en este tiempo cultivamos la paciencia y descubrimos que la vida crece con lentitud, respeta los tiempos de Dios. Vemos que Cristo nació en Belén, sin que nadie lo supiera, se escondió en Egipto y luego desapareció a los ojos del mundo en Nazaret. Cuesta entender que la gran noticia esperada durante tanto tiempo no se revelara hasta 30 años después de su nacimiento. Es incomprensible que un Dios todopoderoso se muestre impotente durante tantos años. ¿Y aquellos que murieron sin haberlo visto? Al menos Simeón pudo contemplar con sus ojos al que había esperado y murió en paz. Sin embargo, muchos vivieron esperando y no se encontraron con su rostro. La espera nos educa. Hoy el hombre no quiere esperar nunca, no soporta las colas y no tolera la impuntualidad. Todo tiene que ocurrir con rapidez. Cuando el corazón anhela algo, lo quiere inmediatamente. Crecer en la espera es el deseo de Dios con nuestras vidas.

El Adviento nos exige agrandar el corazón y aprender a amar como Cristo ama. Si lo agrandamos, Cristo podrá nacer en nosotros y hará todo nuevo. Cristo viene a nuestros corazones y quiere encontrar paz y descanso en ellos. **¿Están en paz?** Es necesario cambiar nuestra mirada, para mirar la vida con los ojos de Dios. Cristo quiere hacerse carne en nuestro hogar, en nuestra casa, en la familia que Dios nos ha regalado. Pensamos que no está en orden, creemos que no querrá quedarse. Quiere hacerse carne, quiere nacer como un niño, pequeño y pobre, para transformar nuestros corazones y hacerlos semejantes al suyo. Desde hoy emprendemos este camino. Contamos sólo con 27 días y, en realidad, es poco tiempo. Que no nos pase que lleguemos al día 24 con la sensación de que no le hemos preparado un lugar en nuestra vida, al amor de Dios hecho carne en medio de este mundo, que vive de espaldas a Dios. Hoy empezamos el camino, hoy decimos sí con sencillez: *“Fiat”, “Hágase”*. Y le pedimos a Dios que se haga carne en nuestras vidas.

3. Arraigados en Cristo, arraigados en Belén

Llegamos a Belén porque queremos arraigarnos en el corazón de este Niño que nace en brazos de María. **Anhelamos vivir arraigados verdaderamente en el corazón de Dios.** La imagen de Jesús en Belén nos muestra el nacimiento de la sagrada Familia. En Ella Jesús vive el arraigo más profundo. Necesitamos vivir así, arraigados, con raíces profundas, en este mundo que no nos regala esta experiencia de cobijamiento. Necesitamos encontrar hogares en los que descansar. Necesitamos descansar en lugares y en personas que nos lleven a Dios. El P. Kentenich experimentó en su vida ese vacío y esa falta de hogar. Él mismo halló en María un corazón donde descansar. Por eso va a decir: *“Ésa fue una de las fuerzas motrices que me llevaron a ordenarme sacerdote: poner a disposición de los hombres todas mis energías. “Lo que te ha pasado a ti que, en lo posible, no le pase a nadie más”. De ahí brota la fuerza para renunciar a uno mismo: Brindemos hogar a otros cuando nuestro propio corazón clame por hogar”*. Sabe que Dios quiere que él sea instrumento para que muchos encuentren en él el hogar de Dios. Nosotros sabemos que, si estamos arraigados, podemos ser hogar para muchos que buscan un lugar donde descansar y echar raíces. Cuando anhelemos tener un hogar, demos nosotros un hogar a aquellos que más lo necesitan.

Vivimos en un mundo sin vínculos, un mundo en el que el hombre moderno no encuentra su hogar. Decía el P. Kentenich: *“Estamos despersonalizados porque estamos sin Dios y sin ética. Nos falta armonía entre nosotros porque estamos sin Dios. Estamos sin alma porque estamos sin Dios”*⁸. Al haber alejado a Dios de nuestras vidas hemos puesto el centro en nosotros mismos, en nuestros intereses y en nuestras pasiones. No hay armonía y no estamos vinculados. Y continúa el Padre describiendo la realidad: *“Es el hombre que ha abandonado a Dios y al cristianismo; el hombre despersonalizado; el hombre sin ética; el hombre sin alma; el hombre sin armonía, que no está en armonía ni con Dios ni con los demás ni consigo mismo”*⁹. La falta de armonía nos convierte en seres necesitados e inquietos, hombres que siempre están buscando un remanso de paz, hombres solitarios y necesitados de comunión.

Voy a detenerme ahora en lo que significa vivir arraigados. Para eso es importante empezar a hilar fino, para que podamos llevar a casa pautas concretas que nos sirvan para la vida. El otro día, precisamente, alguien me decía: *“Sí, Padre, todo esto está muy bien, tenemos que vivir arraigados, pero, ¿Cómo se logra?”* Esta persona me aclaraba que no buscaba *“recetas”*, pero que veía que era todo muy bonito y, sin embargo, muy difícil de llevar a la vida. Por eso quiero hoy profundizar en esta pregunta: *¿Cuál es el camino del verdadero arraigo? ¿Cómo lo hacemos? ¿Cómo nos arraigamos sin miedo? ¿Dónde encontramos la armonía que soñamos?* Pensaba en varias claves que nos pueden ayudar a profundizar en este tema. Algunas las hemos trabajado en otras ocasiones, pero siempre viene bien volver a profundizar en ellas:

- **1. Perseverancia y fidelidad**

Vivir arraigados exige perseverancia y fidelidad. Lo intentamos y queremos obtener frutos inmediatos. Sin embargo, perseverar no es tan fácil, porque las fuerzas se nos acaban. Los deportistas de élite, cuando tienen que perseverar y continuar su vida deportiva, se les exige mucho sacrificio y constancia. Detrás de los grandes partidos oficiales que disputan, hay muchas horas de sacrificio, de entrenamiento y de renuncia silenciosa. Pero hoy en día cuesta pensar en la perseverancia. ¡Cuánta gente renuncia a sus sueños al pensar en todo el sacrificio que les exige llegar a hacerlos realidad! Al corazón le cuesta el sufrimiento y la

⁸ J. Kentenich, “La imagen del hombre católico”

⁹ Ibídem

exigencia. Nos cansamos pronto y podemos tirar por tierra los sueños perseguidos durante tantos años. Para no perder la confianza, para no dejar de luchar, hay algo importante: saborear las victorias pasadas de María en nuestra vida; es fundamental recordar las ocasiones en las que le hemos dejado hacer a Ella. En esos momentos podemos palpar los resultados y ver cómo ha sido Ella la que nos ha dado la fuerza para continuar. Cuando miramos con gratitud el crecimiento, cuando somos conscientes de la actuación cuidadosa de Dios en nuestra vida, las cosas cambian.

La perseverancia exige, en primer lugar, renunciar a nuestra propia voluntad. Ya lo decía el P. Kentenich: *"Hoy en día innumerables personas substraen totalmente su voluntad a la del Padre y Creador del universo y que, también entre aquellos que desean servirle, sólo pocos están dispuestos a renunciar totalmente a su enfermiza voluntad propia"*¹⁰. Nuestra voluntad es muy fuerte. Nos gusta hacer lo que nosotros queremos. Nos cuesta la obediencia y nos resulta difícil ceder cuando creemos que tenemos toda la razón. El orgullo no nos permite tan fácilmente renunciar a nuestro propio yo. Saber renunciar a lo que pensamos que es lo mejor, para acabar aceptando lo que Dios quiere, es un ejercicio exigente y continuo. Nuestra voluntad no es dócil, no confía y se rebela. **¿Hacemos ejercicios concretos de confianza? ¿Confiamos en lo que otros nos piden aunque vaya contra lo que pensamos?**

En segundo lugar supone exigirnos siempre algo más. Nos cuesta llevar una vida exigente y sacrificada. ¡Cuánta gente hoy vive soñando con el fin de semana, con el descanso, sin alegrarse del esfuerzo diario! Tenemos que saber exigirnos y no dejar que manden en nosotros las pasiones. Un ejemplo de la vida del P. Kentenich ilustra esta actitud. El P. Bezler llevó una vez al Padre fundador en su coche. Éste estaba lleno de paquetes y de bultos, pues se dirigía a un campamento. En un momento del viaje las cosas se vinieron encima del P. Kentenich y le aplastaron en el asiento. El P. Bezler, avergonzado por lo sucedido, se disculpó y empezó a arreglar las cosas. *"No te preocupes"*, dijo el P. Kentenich. *"Pero Padre, usted va tan incómodo"*, le contestó el P. Bezler. El P. Kentenich replicó: *"Estas cosas no me afectan. ¡Tú no sabes hasta qué punto yo soy niño, hasta qué punto yo me acomodo a todo!"* Se trata de cuidar una actitud de niño. Los niños tienen la capacidad de adaptarse a las situaciones nuevas. Tal vez al principio protestan, pero en seguida disfrutan de la nueva situación. Así tenemos que ser: niños felices ante las contrariedades de la vida.

Por otro lado, ante las faltas y caídas propias y ajenas, tenemos que ser misericordiosos con todos y también con nosotros mismos. *"Todos cometemos faltas, pero no debemos nunca abandonar la lucha"*¹¹, decía el P. Kentenich. La misericordia con nuestras caídas es lo que logra que nos levantemos y sigamos luchando. Aunque caigamos muchas veces, la perseverancia nos exige no cansarnos nunca de darlo todo por crecer, de volver a intentarlo, de perseverar pese a haber caído ya con frecuencia. La misericordia es un don que Dios nos regala. Si tenemos un corazón misericordioso viviremos con más paz y daremos paz y confianza a los que caen cerca de nosotros.

No obstante, no tenemos que preocuparnos tanto, **en esta exigencia no estamos solos. Dios nos da su gracia.** Decía el P. Kentenich: *"La gracia nos es dada para ayudarnos a cumplir con nuestro deber tan fielmente como sea posible"*¹². Dios nos da la gracia para que perseveremos. Nuestro arraigo en Dios, en los corazones, en los lugares, exige fidelidad. No podemos ser esas veletas que se mueven hacia un lado o hacia otro dependiendo del viento que sopla. Queremos arraigarnos profundamente en el corazón de Dios. Allí no habrá viento que logre quitarnos la paz. Vivir arraigados es vivir seguros en el lugar que

¹⁰ J. Kentenich, 25 años de la fundación de Schoenstatt, 1939

¹¹ J. Kentenich, "Santidad, ¡Ahora!", 149

¹² Ibídem, 148

nos da la paz verdadera. Es la “seguridad del péndulo” de la que hablaba el P. Kentenich. Por todo ello hoy nos preguntamos: *¿Cómo cuidamos aquellos seguros que Dios nos ha dado para reposar? ¿Cómo descansamos en otros corazones y los cuidamos con fidelidad?*

- **2. Humildad y pobreza**

Hace falta mucha humildad, y la experiencia de la propia pequeñez, para comprender que nuestra vida tiene que descansar en Dios. Hace falta mucha humildad para reconocer que necesitamos de los demás, que sin los otros no podemos crecer. Reconocer nuestra pequeñez es el camino que tenemos que seguir, es tomar conciencia de nuestra propia inseguridad. María, en el Santuario, nos enseña cómo vivirlo. **Decía el P. Kentenich:** “El hombre que se siente seguro apoyándose en sí mismo es el más inseguro (...) porque esto va contra el orden de ser, pues somos creaturas. Ser creatura significa estar siempre en y con otros, significa tener siempre a un Tu ante mí, al cual estoy unido de alguna forma. Cuanto más me abandone, tanto más me gana a mí mismo”¹³. Somos inseguros porque no logramos encontrar solos la paz, ni la felicidad, ni el descanso anhelado. Pero sólo cuando tomamos nuestra inseguridad en nuestras manos, cuando reconocemos con humildad nuestros miedos y se los entregamos confiadamente a Dios, estamos aceptando humildemente nuestros límites y carencias. El camino de confrontarnos con nuestra inseguridad es el camino para alcanzar la verdadera seguridad. Es la seguridad de los que confían y se abandonan, de los que han reconocido que no pueden ellos solos y claman a Dios para que venga a sostenerlos.

La verdadera humildad no sólo exige reconocer la propia pobreza, también supone estar dispuestos a que los demás vean nuestra debilidad. Ese paso nos cuesta porque siempre tratamos de mostrar nuestro mejor aspecto. Nos gusta parecer perfectos ante los demás y no queremos que sepan de nuestras caídas. Aceptar que los demás sepan es un grado más en el crecimiento de nuestra humildad. Pero más difícil todavía es aceptar que nos traten como corresponde a nuestra pobreza; es un salto de la gracia. Crecemos en humildad cuando aceptamos que otros sepan cuál es nuestra debilidad y no nos importa que nos traten como corresponde. Un ejemplo práctico puede ayudarnos. La humillación es un camino para descansar verdaderamente en Dios. Un defecto como la impaciencia no se puede ocultar fácilmente. Pero a veces puede costar aceptarlo. El siguiente paso es estar dispuesto a que los demás lo sepan y nos traten teniendo en cuenta esa debilidad. Aceptarlo todo con humildad es el único camino. Así pondremos nuestra confianza sólo en Dios y no en la opinión que los demás tienen de nosotros.

- **3. Vivir la confianza diaria**

No tenemos que detenernos tanto en nuestra propia miseria y debilidad, sino centrarnos más en todo lo que Dios y la Mater pueden hacer en nosotros y a través de nosotros, si de verdad nos entregamos. La actitud tiene que ser positiva: “En realidad no sabemos lo que vendrá, pero de antemano pronunciamos un sincero “sí””¹⁴. Tenemos que hacer actos de confianza reiterados es el camino que hemos de seguir. Es necesario saltar de lo que nos resulta más seguro aparentemente, hacia lo que creemos que Dios nos pide. Son saltos de la inteligencia, del corazón y de la voluntad: “Quien espera recibir algo milagrosamente de Dios, debe tener una confianza milagrosa”¹⁵. Son los saltos que debemos cuidar en lo pequeño para que, cuando lleguen decisiones importantes, tengamos la práctica y seamos capaces de hacerlo. La práctica diaria es la que importa. Cuando el corazón se ha acostumbrado a vivir así en todo momento, será capaz de hacer frente a las grandes dificultades.

¹³ J. Kentenich, 1966

¹⁴ J. Kentenich, palabras a la Madre de Schoenstatt, 9.11.1966

¹⁵ J. Kentenich, 1947

La confianza en la conducción de Dios es un verdadero don de Dios. Porque el corazón del hombre suele desconfiar de lo que no controla. Como dice un dicho alemán: *“La confianza es buena, el control es mejor”*. Confiar supone pensar que nuestra vida está en las manos de Dios. Supone creer que descansamos en Él y nos dejamos llevar. Sin embargo, si como paso previo, no aprendemos a confiar en las personas a las que queremos, difícilmente llegaremos a confiar en Dios. Esto exige un ejercicio constante de la confianza. Confiar sin saber bien si van a hacer de forma correcta lo que nosotros haríamos perfectamente, no es fácil. Nos exige soltar las riendas y pensar que el fracaso o los malos resultados son parte del aprendizaje. Y, al fin y al cabo, en esta vida estamos para aprender a vivir de verdad. Supone darle menos importancia a la perfección en todo lo que hacemos, porque esa búsqueda insaciable no nos dejará nunca tranquilos. Con lo cual aprenderemos mucho de nuestras caídas, que nos enseñan lo frágiles que somos y nos muestran que la perfección no es posible en esta vida, ya que le pertenece a Dios en exclusiva.

Por eso hoy nos preguntamos: *¿Confiamos en las personas que Dios pone bajo nuestra protección? ¿Dejamos que sean otros los que hagan no tan bien como nosotros lo que nosotros haríamos perfectamente? ¿Confiamos en el amor de los que Dios pone en nuestro camino? ¿Confiamos en Dios que nos cuida y guía? ¿Dejamos que sea Él el que lleve el timón de nuestra vida?*

- **4. Prioridades frente a la dispersión**

Ya lo veíamos antes, **no todo tiene la misma importancia**, no tenemos que correr detrás de todas las pelotas. Hay muchas personas que gastan mucho tiempo en peleas poco importantes. Se desgastan en batallas que no deciden la guerra definitiva. Por eso es tan importante tener claras nuestras prioridades, nuestras metas, lo que queremos para este tiempo, lo que nos proponemos en el camino.

Para descubrir nuestras prioridades tenemos que estar atentos a los mensajes de Dios *¿Qué es lo que Él quiere decirnos con esto? ¿Dónde nos está hablando de forma clara a través de la enfermedad, de la crisis, de los fracasos y éxitos de nuestra vida?* Tenemos que esforzarnos conscientemente por buscar a Dios, a la Mater, que se nos acercan con amor, nos hablan, nos piden, nos invitan a crecer en nuestro amor a través de sus conducciones, disposiciones, *“golpes del destino”*, y otros acontecimientos de nuestra época.

¿Tenemos claras nuestras prioridades? ¿Hacemos las cosas prioritarias incluso antes que las urgentes? Esta decisión no es nada fácil porque las urgentes parece que no las podemos eludir. Sin embargo, es posible. En una familia los niños no se cansan de pedir; lloran, gritan y exigen a todas horas. ¿Quién pierde? Normalmente lo urgente es atender a los hijos en sus necesidades, por ese motivo lo que pierde es el amor conyugal. Es como si pensáramos: *“Mi cónyuge ya es mayor y sabe cuidarse solo”*. De esta forma, con el paso del tiempo, el amor se empobrece y se enfría y la relación conyugal es la que pierde.

¿Qué tenemos que hacer entonces? Lo primero es tener claras las prioridades personales y las matrimoniales. Para ello es bueno escribir los acentos que tenemos en nuestra vida. Ponernos de acuerdo en aquellas cosas no urgentes que, si no las cuidamos, se pierden; por ejemplo, el diálogo matrimonial o la vida de oración. Lo urgente muchas veces no se puede dejar de lado, pero tener claras las prioridades ayuda mucho a la hora de actuar.

- **5. La calidad de nuestros vínculos**

El otro día veía una publicidad muy interesante sobre la dependencia que tenemos de estar siempre conectados en internet y lo que eso puede empobrecer nuestros vínculos

personales. Los móviles permiten que estemos conectados las 24 horas del día con el resto del mundo. Los avances tecnológicos han logrado que lleguemos a mucha gente y estemos cerca de aquellos que físicamente están muy lejos. Internet, las redes sociales, los mails y los chats, nos acercan pasando por alto las distancias. Curiosamente, aquello que es un avance y un bien en sí mismo, puede convertirse en una esclavitud si no lo utilizamos con cuidado. Puede alejarnos de aquellos que están muy cerca de nosotros. Para ello es necesario eliminar de nuestra cabeza algunos pensamientos: *"Es inevitable, un mail recibido tiene que ser contestado inmediatamente"*, *"Una llamada entrante tiene que ser contestado independientemente de con quién esté hablando en ese momento"*. De la misma manera es necesario adoptar otros pensamientos mucho más sanos: *"No pasa absolutamente nada si hoy no contesto el mail que viene titulado como "urgente", todos podemos esperar y no nos morimos por ello"*, *"No es fundamental que conteste ahora mismo el teléfono, puedo esperar a estar solo, ahora es importante la persona que tengo delante"*. Cambiar esta forma de pensar nos hace más conscientes del presente, nos ayuda a ocuparnos de la persona con la que nos encontramos.

La publicidad que mencionaba anteriormente decía: *"Desconéctate para conectarte"*. En ella aparecían distintas escenas en las que sólo se veía al que estaba utilizando el móvil, mandando mensajes y fuera de la realidad que le rodeaba. De esta manera un hombre caminaba solo por la playa y, a su lado, se veían sólo las huellas quien le acompañaba. En un coche una niña usaba su móvil y no se veía a nadie más conduciendo, aunque se veía que alguien lo hacía. Así hasta llegar a un padre que utilizaba su móvil en el sofá de su casa. Junto a él, sobre una mesa, un lápiz se movía haciendo un dibujo. Súbitamente este hombre se queda mirando fijamente el lápiz y el dibujo. Cuando desconecta su móvil, aparece una niña dibujando. En ese momento empieza a jugar con ella. El anuncio inicia el camino de regreso pasando por las distintas escenas en las que los protagonistas dejan de lado su móvil hasta llegar a la escena primera de la playa donde la pareja que va caminando se reencuentra. Cuando nos desconectamos del mundo virtual, nos conectamos con el mundo real que nos rodea. No puede ser que lo que surge como un medio fantástico para crear vínculos, se convierta en un camino que destruya los vínculos creados, los vínculos familiares que son fundamentales en nuestra vida.

Tenemos claro aquello a lo aspiramos: soñamos con ser hombres vinculados. Hombres con el corazón arraigado en otros corazones, capaces de entrar en contacto con otros, capaces de amar y ser amados. El P. Kentenich decía: *"¡Fuera con los formalismos! Lo que debemos educar es un hombre vinculado a ideales que se entregue activamente en el apostolado universal"*¹⁶. Estamos ante un ideal al que aspiramos: el hombre arraigado, vinculado y enamorado. Los vínculos son expresión del amor que necesitamos recibir y entregar en nuestra vida. Cuando no nos vinculamos, cuando evitamos profundizar en nuestras relaciones, estamos cortando los hilos que nos dan vida, que nos alimentan y enseñan a vivir. Vivir desvinculados es el camino que nos lleva a la autodestrucción. El hombre sanamente vinculado cuida las relaciones que Dios ha puesto en su corazón a lo largo de su vida. Lamentablemente la falta de tiempo, las prisas, las preocupaciones, nos llevan a descuidar a quienes más queremos. Hoy queremos poner a la luz de Dios nuestros vínculos, allí donde nuestro corazón ha echado raíces: *¿Qué vínculos estamos descuidando? ¿Qué podemos hacer para mejorar la calidad y profundidad de nuestros vínculos? ¿Cultivamos relaciones sanas y equilibradas? ¿Nuestros afectos están ordenados?*

- **6. Un ideal: el hombre arraigado es un hombre que aspira a la santidad**

¹⁶ J. Kentenich, "Brasilien Terziat", 1952, Kentenich Reader, 32

Vivir arraigados nos exige vivir santamente. El vínculo siempre despierta miedos, inseguridades y sospechas. En el tiempo que vivimos ha crecido la desconfianza respecto a los vínculos. Nuestro Padre vivió en carne propia la desconfianza de los vínculos que él estableció con las Hermanas. Por eso es tan importante la aspiración a la santidad. Decía el P. Kentenich: *“Sólo una genuina santidad de la vida diaria puede satisfacer totalmente, porque la santidad no sólo tiende a las estrellas sino también hacia la tierra. No sólo busca una morada en Dios, también da forma a la vida ordinaria de cada día”*¹⁷. Se trata de una santidad que eche raíces en nuestra vida diaria y santifique nuestros vínculos, nuestros amores. Una santidad que se pruebe en lo cotidiano y que viva de un amor humano y limitado. Decía el Padre: *“María espera de nosotros un serio esfuerzo por alcanzar la santidad, es decir, desea –y está dispuesta a regalarnos la gracia para ello- que llevemos una vida profundamente religiosa. Si al escuchar esto nuestra alma se intranquiliza, probablemente sea porque poseemos un concepto equivocado de lo que significa santidad. ¿No será que creemos que una vida santa es cosa solamente de hermanas y de sacerdotes? Somos santos cuando cumplimos fielmente con nuestro deber diario”*¹⁸. Se trata de una santidad que es obra del Espíritu Santo en nosotros. Una santidad que nos cuesta pedir cada mañana, porque nos olvidamos de todo lo que Dios puede hacer con nuestra vida. Es un gran ideal pero no por ello nos desanimamos, porque nos gustan los grandes ideales y nos despiertan vida. El Padre lo decía: *“La altura de la meta nos haría temblar si no supiéramos que nuestra naturaleza tiene una profunda capacidad para lograrla. ¿Cómo nos gusta seguir a los que nos piden grandes cosas!”*¹⁹. Los grandes ideales, aquellos que parecen inalcanzables, despiertan lo mejor de nuestro corazón, sacan fuerza de la debilidad.

Se trata de una santidad que hace sagrados nuestros vínculos. Si miramos nuestra vida matrimonial deberíamos creernos de verdad que estamos llamados a santificar nuestro amor conyugal. Pero no sólo el amor espiritual que tenemos hacia nuestro cónyuge y que nos hace capaces de querer dar la vida por él. Tampoco nos referimos sólo al amor erótico, que cultiva la fuerte atracción que experimenta un cónyuge hacia el otro cónyuge y la cuida en la entrega cotidiana. Estamos llamados a ser santos en el amor sexual, en las relaciones sexuales. Allí donde la carne parece alejarnos de Dios, allí, en el encuentro entre los dos cónyuges, está Dios; es el Dios personal que quiere que santifiquemos todo nuestro mundo, no sólo nuestros pensamientos espirituales. Quiere rescatarnos y elevarnos desde lo más profundo de nuestra naturaleza. Lo que no es asumido no es redimido, como nos recuerda S. Agustín. En la entrega mutua de los esposos Dios se hace presente y reina.

Nuestra **santidad nos lleva a aspirar a lo más alto.** El P. Kentenich nos lo recuerda: *“Héroe es aquel que consagra su vida a algo grande”*²⁰. Queremos que nuestra vida sea santa para poder santificar a los que entren en contacto con nosotros. Para ello debemos aprender a vivir en el mundo de Dios. Se trata entonces de aprender a cultivar intensamente nuestra vida de oración; nuestra relación personal con María, a través de la alianza de amor en el Santuario, es la escuela en la que hemos aprendido a rezar. Queremos mirar a María y dejar que Ella nos mire; queremos dialogar con Ella y ofrecerle nuestros pequeños y grandes regalos de amor. De esta manera todo lo que vivimos lo irá volcando en el corazón de Dios. Tenemos que cultivar nuestra relación con los sacramentos, con la eucaristía y la confesión y aumentar la frecuencia con la que vamos al Santuario. En definitiva, hoy nos preguntamos: *¿Cuidamos nuestra vida de oración? ¿Aspiramos cada día a ser santos? ¿Dejamos que Dios con su gracia vaya santificando todo nuestro mundo?*

¹⁷ J. Kentenich, “Santidad, ¡Ahora!”, 163

¹⁸ J. Kentenich, Nueva Helvecia, 1948

¹⁹ J. Kentenich, “Santidad, ¡Ahora!”, 150

²⁰ J. Kentenich, 25 años de la fundación de Schoenstatt, 1939

- **7. Tenemos que conocer las fuerzas que mueven nuestro corazón**

Hace poco leía una afirmación del Dr. Jorge Carvajal: *“De héroes están llenos los cementerios. Te tienes que cuidar. Tienes tus límites, no vayas más allá. Tienes que reconocer cuáles son tus límites y superarlos porque si no los reconoces, vas a destruir tu cuerpo”*. Muchas veces pensamos que podemos con todo y no nos damos cuenta de nuestros límites hasta que ya es muy tarde. Dios construye sobre nuestro barro y cuenta con nuestro sí, pero también nos pide que aprendamos a ponernos límites. Poner límites no significa aburguesarnos sino entender que nuestra vida es valiosa y Dios la necesita completa, por eso quiere que la cuidemos. Respetar nuestros límites significa respetar nuestro cansancio, cuidar nuestra salud y respetar nuestros anhelos más profundos. Si siempre vivimos negándonos todo lo que desea el corazón acabaremos reprimiendo los anhelos del alma. A la larga todo esto nos pasará factura. Tenemos que saber escuchar los gritos de nuestra alma. Sí, el alma grita; grita cuando vamos tapando sus necesidades, dando por supuesto cosas que no se pueden obviar. A la larga, si no aprendemos a decir que “no” en algunas ocasiones de nuestra vida, no seremos buenos instrumentos en las manos de Dios.

Para conocernos de verdad, es necesario conocer lo que vive en nuestro interior, lo que nos mueve. No podemos vivir como si no existieran pasiones en nuestra alma. Decía el P. Kentenich: *“Las pasiones no son en sí ni buenas ni malas. Son algo puramente natural, algo indiferente. Sin conocimiento de las pasiones no hay conocimiento del hombre. Sin conocimiento de sus propias pasiones no hay conocimiento de sí mismo. Sin conocimiento de sí mismo no hay educación de sí mismo. Sin embargo, sólo el conocimiento de las pasiones no basta. Debe sumársele la acción, el tratamiento correcto, la lucha. El conocimiento de nuestras pasiones y la lucha por encauzarlas conforman en gran parte la tarea de nuestra vida”*²¹. Sin conocer lo que está vivo, lo que nos mueve, lo que nos lleva a aspirar a lo más grande, no hay educación posible. Es necesario conocer el alma, saber cuáles son sus pasiones y encauzarlas a lo más alto. Pero tenemos que respetar la fuerza que hay en el interior. Muchas veces nos da miedo ahondar en nuestro interior. No acabamos de reconocernos en ciertas pasiones que descubrimos en el alma. Nos gustaría ser distintos y muchas veces acabamos acallando la voz del alma. Tenemos que reconocer con humildad cómo somos y empezar a construir a partir de la realidad que Dios ha sembrado en nuestro corazón.

Por otro lado, muchas veces el desorden afectivo que reina en nuestro corazón nos acaba quitando la paz. El problema de las apetencias del alma, no son ellas mismas. Por supuesto depende del objeto al que tiendan. No obstante, podemos estar ante objetos moralmente neutros, ante bienes en sí mismos y sin embargo, puede ocurrir, que nuestro apego a los mismos no esté en orden, no sea un apego sano. Aquí estamos ante afectos desordenados. Con mucha frecuencia me toca ser testigo de afectos desordenados en muchos corazones. Nuestros afectos desordenados, nuestros apegos obsesivos, nos quitan la paz y hacen que caminemos sin rumbo, dejándonos llevar por una fuerza que nos parece incontrolable. No decidimos nosotros como actuar, sino que los afectos desordenados pueden llevarnos donde, en realidad, no queremos llegar. Por eso es necesario volver la mirada a María y pedirle a Ella que reine en nuestro desorden. En nuestro Santuario corazón tiene que estar Ella presente y armonizar nuestra vida afectiva.

Acabamos el camino de este día preguntándonos: *¿Qué pasiones viven en nuestro interior? ¿Cómo ordenamos en Dios nuestros afectos desordenados? ¿Cómo respetamos la voz que grita en el alma? ¿Cómo la llevamos al corazón de María?*

²¹ J. KENTENICH, *Bajo la protección de María*, 1912-1914, p. 132-157